

INFANCIA ETERNA

Amy Gazzard

Los libros siempre fueron mi modo de escape, me sacaban de este mundo, con solo las yemas de los dedos podía sentir la espera de una estimulante y nueva aventura, y sobre todo el olor irremplazable e indistinguible de cada libro. Las lecturas me excitaban, al igual que a un adolescente esperando para ver a su ídolo en concierto después de largos meses de espera.

Pues eso mismo me había pasado leyendo un nuevo libro que había cogido de la biblioteca. Este me transportó a otra dimensión. Pero esta vez volvió a llevarme a los recuerdos encerrados en la oscuridad de mi mente. Hacía años que estas historias no se me cruzaban, pero ahora en el salón un sábado por la tarde y oyendo de fondo el zumbido de la lavadora en la cocina, estaba reviviendo mi infancia. Las

imágenes volaban en mi cabeza con tal rapidez que formaban un vídeo, los recuerdos empezaron el día que cambió el resto de mi vida.

“Entré en casa tarareando una canción que había oído por la calle, no sabía cuál era la canción, pero el ritmo era bastante pegadizo. A esa hora nadie solía estar en casa, pero hoy por una extraña razón había gente en casa. Al principio no podía distinguir de quienes eran las voces, pero me acerqué sigilosamente al lugar de donde provenían los sonidos. Cuando estaba ya tan cerca que casi podía distinguir las palabras, noté que había dos personas en la cocina y que esas dos personas eran mamá y papá. Justamente cuando iba a abrir la puerta para saludarlos, comenzaron los gritos, yo me quedé petrificada por unos segundos en la puerta sin entender nada. No comprendía lo que estaban diciendo, pero el tono de sus voces me asustaba. Vi la sombra de un cuerpo pasar por la puerta y rápidamente me encerré en el baño enfrente de la cocina. No sé cuánto tiempo pasé allí encerrada, pero se me hizo eterno y lo único que podía oír eran los gritos de mis padres, cada vez más fuertes. En un momento oí algo romperse, pero poco después empezaron a romperse muchas cosas más, y al mismo tiempo seguía oyendo los gritos; pero con el sonido de un portazo la casa finalmente se quedó en silencio. Todavía notaba el zumbido de los gritos en mis oídos. No sabía si sería seguro salir, por lo que me quedé un par de minutos más encerrada en el baño, intentado ingerir la seguridad que me trasmitían esas cuatro paredes antes de adentrarme en la cocina.

Temblando giré el pomo de la puerta, nadie hubiera estado preparado para lo que me esperaba allí, pero la curiosidad dentro de mí sobrepasaba cualquier sensación de miedo existente. Lo primero que vi fue la espalda de mi madre, no parecía pasarle nada pero de repente empezó a vomitar en el suelo de la cocina. Creía que se encontraba mal por lo que me acerqué a ayudarla, ella no parecía haber notado mi presencia, lo siguiente que vi me aterrorizó. En el vómito de mi madre había un color rojo, me quedé absorta e inmóvil por unos segundos intentando asimilarlo... ¿cómo podía ayudar? ¿qué estaba pasando?...

No supe qué hacer por lo que me quedé allí a su lado observándola, sin que ella supiera de mi presencia. Mi madre se tumbó en el suelo y cerró los ojos como queriendo desaparecer de este mundo. En esos momentos me di cuenta de que ella parecía tener pintura en la cara y también por los brazos, pero al fijarme mejor vi que no era pintura amoratada, eran las consecuencias de anteriores peleas. Me quedé con ella sentada en el suelo, pensando si mi presencia ayudaría de alguna manera. Al cabo de un rato decidí mojar un paño de la cocina y coger la caja donde guardamos los medicamentos y las tiritas. Le pasé el paño por las heridas suavemente para no hacerle daño y luego le puse todas las tiritas que teníamos pensando que eso iba a remediar su dolor. A esa edad yo era inocente, y no sabía que eso era inútil, pero creo que también lo hice para sentirme yo mejor, para tranquilizarme sabiendo que había socorrido a mamá.

No se movía por lo que muchas veces me preguntaba horrorizada si seguía viva, pero la única señal que me calmaba y me aseguraba de que seguía conmigo eran esos pequeños movimientos que elevaban su pecho.

Después de una eternidad, decidí sentarme en el sofá del salón, pues veía que mi madre no se movía. Entre el salón y la cocina teníamos unas puertas abatibles que separaban las dos habitaciones, pero las dejé abiertas para poder vigilar sus movimientos. Según apoyé la cabeza en el cojín caí en la tentación del sueño, ya que toda esta conmoción me había agotado por completo.”

El sonido de unas llaves abriendo la puerta me sacaron rápidamente de mis pensamientos, regresando al sofá ocre y azul que teníamos, con el libro de la biblioteca entre las manos. Mi vida actual estaba muy ajetreada por lo que casi nunca me daba tiempo a sentarme y relajarme, y el haberlos vivido de nuevo me había causado antiguas y desagradables sensaciones.

Por la puerta entraron mis dos hijos corriendo y hablando sin parar entre ellos, mi hija Amelia tenía cinco años y mi hijo Jack tenía 3 años, y antes de que me acorralaran con preguntas, coloqué el libro de la biblioteca en una pequeña estantería al lado de la televisión. Sam, mi marido, entró unos segundos después con la compra.

- Hola cariño, ¿qué tal el cumpleaños? –subió las cejas y puso los ojos en blanco. Sabía perfectamente lo que significaba esa cara y esboqué una pequeña mueca.

A Sam nunca le había gustado llevar a los niños a los cumpleaños y la verdad es que a mí tampoco, pero no quedaba otra y esta vez los había llevado él. Los cumpleaños eran un caos, muchos niños y un montón de padres, pero lo peor de todo eran las veces que te tenías que quedar hablando con los padres. En muchas ocasiones nos intentábamos escabullir, pero generalmente era misión imposible.

- ¿Queda algo en el coche de la compra?

- Sí, queda la leche y las patatas –dijo Sam.

- Vale, ya voy yo a por ello.

Salí y cogí el resto de la compra. Los niños se habían subido a la habitación para jugar antes de bajar a cenar. Mientras Sam y yo guardábamos la compra, nos contamos que tal nos había ido el día.

- Madre mía, los cumpleaños son un fastidio, tener que escuchar a los padres hablar sobre qué buen estudiante es su hijo, qué buenas notas saca, qué bien habla inglés, es el más listo de la clase... ¡Es un pestiño! –refirió Sam.

Sam era británico por lo que esas conversaciones sobre “qué bien habla inglés mi hijo” siempre le cabreaban un poco, pero a mí me hacía gracia por cómo se molestaba por cosas tan pequeñas. Conocí a

Sam cuando fui a Londres de viaje con una amiga. Nos mantuvimos un tiempo en contacto por carta y de vez en cuando llamadas de teléfono, fue una época difícil ya que él no sabía nada de español y mi inglés era mediocre. De vez en cuando yo volvía a Londres para verle, pero a los seis meses él decidió venirse a vivir a España.

Durante la cena, los cuatro hablamos sobre el cumpleaños, el colegio, las excursiones de los niños en las semanas siguientes y muchas otras actividades. Mis hijos siempre hablaban, diciendo a veces lo primero que se les pasaba por la cabeza, pero era normal a su edad. Quería que ellos se sintieran libres para expresarse, para sentirse cómodos contándonos cualquier asunto y sobre todo que fueran felices.

Después de cenar, Amelia y Jack se fueron a la cama, dejándonos solos en el salón a Sam y a mí. Pero Sam tampoco tardó mucho en irse a la cama, por lo que al final me quedé sola en el salón. Iba a encender la televisión para entretenerme un rato, pero por el rabillo del ojo vi el libro en la estantería que parecía llamarme.

Cuando cogí el libro, me senté en el sofá, pero al notar el roce de sus páginas me quedé vacilando, dudando, decidiendo si quería o no leer sus historias. Pensé que los recuerdos volverían según abriera el libro, como antes, pero no volvieron. Me quedé leyendo en el salón alrededor de una hora y después me subí al dormitorio. Según apoyé la cabeza en la almohada, mis pensamientos volvieron a los recuerdos encerrados. Es como si mi subconsciente estuviera esperando a que mi consciente dejara de tomar el control sobre mi mente. Pero esta vez los recuerdos me llevaron a otro episodio de mi infancia.

“Estaba en la cocina guardando la comida que había comprado para la cena de esa noche. Mi madre nunca salía de la casa por lo que me tocó asumir sus tareas. Por ello, casi yo ya no iba al colegio y cuando atendía nunca me enteraba de nada porque había faltado a muchas clases. Mis amigos me ignoraban, como si no existiera y nunca me vinieron a preguntar por qué no iba a clase, yo tampoco podía

contarles nada. La información en el pueblo volaba y si les contaba algo, mi padre me castigaría lavándome la boca con jabón por haber dispersado mentiras, según decía él. Al final, me di cuenta que era inútil ir a clase y dejé de ir definitivamente, quedándome en casa asumiendo el rol de mi madre. Cuando mis padres dejaron de ser mis padres, yo tuve que aprender a planchar, a hacer la comida, a lavar la ropa y, en general, maduré antes de lo esperado.

Mi madre estaba toda la mañana y gran parte de la tarde postrada en la cama, solo decidía levantarse para ver la televisión por la noche. Esa mujer ya no era mi madre, mi madre había desaparecido, dejándome sola en esta casa, en este infierno, en este agujero sin esperanza. A mí me parecía que ella era una vaga insensible, pero prefería su figura mil veces antes que la de mi padre. Cada vez que le oía entrar por la puerta borracho, porque siempre venía a casa borracho, se me tensaban todos los músculos del cuerpo. Era una constante espera de tortura, sin saber cuál sería su próximo movimiento. Mi padre solo venía a casa a dos cosas: a comer porque no tenía dinero, ya que se lo gastaba todo en el bar, y a molestar a mi madre en la cama. Ella ya no quería a mi padre ni quería quedarse en esa casa encarcelada y confinada... esa fue una de las muchas razones por la que mi padre pegó y abusó de mi madre ese día en la cocina. Pero eso siempre se enfurecía más, pegándola hasta dejarla inconsciente en el suelo sangrando y diciéndola cosas como: "Tú eres mi posesión, te quedarás y harás lo que yo diga cerda de mierda". Mi madre finalmente se rindió y dejó de llevarle la contraria cada vez que regresaba a casa. (Nunca entendí por qué mi madre no tuvo la fortaleza de dejarle. A veces pensé que lo hacía por mí o simplemente porque estaba aterrorizada de él).

Yo jamás le hablaba, ni se me ocurría intentar mirarle y siempre intentaba no estar en la misma habitación que él. Mi padre no me pegaba nunca, lo cual era un gran alivio para mí. Pensé que mi vida era un verdadero infierno durante esos años, pero las cosas llegaron a empeorar aún más cuando nació mi hermano pequeño, Marcos.

Estaba contenta de tener un hermano, por un lado, era nueva compañía en casa, pero también sentía una profunda tristeza cada vez que miraba sus azules ojos cristalinos. Marcos no se merecía haber nacido en esta familia sin compasión, sin amor.

Crié a mi hermano como si fuera mi hijo, ya que cuando mi madre dio a luz, rápidamente volvió a sus antiguas costumbres. Lo peor era cuando mi hermano no paraba de llorar por las noches. Mi padre se convertía literalmente en un demonio, yo a veces hasta me imaginaba que algún día le iban a salir los cuernos rojos de la cabeza y la cola puntiaguda por el trasero, conociéndole yo siempre corría a ponerme delante de mi hermano con los brazos extendidos para protegerle o le provocaba para que la tomara conmigo. Prefería que me torturara a mí a que le pusiera un solo dedo encima a mi hermano, mi misión todas las noches era mantenerle a salvo de mi padre.

Por las noches cuando por fin conseguía dormir, aunque solo fuera una hora, soñaba con el día en el que terminaría ese infierno, llevándome a mi hermano para que él, por lo menos, tuviera una oportunidad, viviera una infancia como es debido y una vida mejor que la que yo había vivido.”

Cuando volví a abrir los ojos, me encontré en la cama con Sam al lado pegando unos ronquidos que despertaban a media vecindad. Yo ya me había acostumbrado y la verdad es que me resultaban tranquilizadores porque me hacían saber que estaba a mi lado para lo que necesitara. Miré el reloj de la mesilla y vi que eran las seis de la mañana, sabía que no iba a poder volverme a dormir, así que decidí bajarme a la cocina.

Tomándome un café en la mesa, empecé a pensar en todos los años que habían pasado desde esos recuerdos, todo lo que había cambiado mi vida desde entonces y lo que por desgracia me había marcado...

Finalmente, cuando cumplí los dieciocho años me fui de casa con mi hermano sin mirar atrás. Durante los años que estuve en esa casa pude ahorrar un poco de dinero con los pequeños trabajos que hacía de vez en cuando. Con todo ello, conseguí que Marcos llegara a la universidad, sacándose la carrera de Telecomunicaciones y afortunadamente, no recuerda mucho de sus primeros años en esa casa. Ahora está trabajando en Francia en uno de los grandes canales de televisión francesa y cuando tiene vacaciones siempre viene a visitarnos y a contarnos sus aventuras por allí.

En cambio, a mí me costó bastante rehacer mi vida, yo no tenía ningún estudio. Cuando Marcos era ya mayorcito, empecé a ir a clases para adultos. Fue duro, pero excitante, mi mente estaba oxidada... sorprendentemente, descubrí que me encantaba escribir. Después de interminables años de estudio, finalmente me saqué la carrera de periodismo. Mis historias no son de las más conocidas, pero mi sueldo es bastante decente para ser mujer y ayudar a mantener a la familia.

Por la noche me asaltan los recuerdos de cuando mis hijos eran pequeños y lloraban sin parar. Las primeras veces me levantaba aterrorizada corriendo a sus habitaciones, pensando que mi padre iba a venir a pegarles. Sam conocía mi pasado, muchas noches me acurrucaba en sus brazos y me susurraba en el oído “Estás a salvo, nadie te va a hacer daño” hasta que me quedaba dormida nuevamente. Sentada en silla con las manos abrazando la taza de café, calentita, me di cuenta de que aunque mi vida había empezado muy mal, marcándome para siempre, yo había sido capaz de formar mi propia familia y quería darles a mis hijos todo el amor que yo no había recibido, era mi objetivo darles a mis hijos todas las oportunidades posibles en esta vida.